

país, y luego supe que no hacían nada, es decir, que beben, fuman, juegan y charlan de mañana á noche sin cesar ni un solo día del año. Es verdaderamente la aldea corsa, la sorprendente morada de gentes que, en su aislamiento, no ven durante la mitad del año el resto del mundo, velado por las nubes. Allí pasan la vida discutiendo ante un aperitivo y un periódico los destinos de Europa. Hablar de política y votar cada dos ó tres años, son las principales ocupaciones de su existencia. Algunos intentan durante el verano cultivar la montaña y plantar viña, que se da bien; pero como la labor es fatigosa, tienen pocos imitadores. Los audaces y emprendedores se van á América en busca de fortuna, y, apenas logran reunir un capitalito, regresan al país natal (1). Otros poseen cerdos, que se ceban por sí mismos, y cabras, que las mujeres apacientan mientras cultivan las patatas ó recogen castañas. Los pocos céntimos que así ganan sirven para llenar la pipa y el vaso.

... Cuando entré se suspendieron las partidas de naipes, disfrutaron un momento de reposo los gobiernos de ambos mundos, que iban á pasar un mal rato, y dejando las pipas sobre la mesa, se miraron unos á otros, diciéndose: *Es inglés*. Me adelanté para preguntar en alta voz si alguien sabía francés, y uno de ellos me alargó la mano y me dijo en mi idioma: «¿Qué desea el señor?» Entonces oí decir entre los grupos: —*Es francés, francés como el Emperador*.

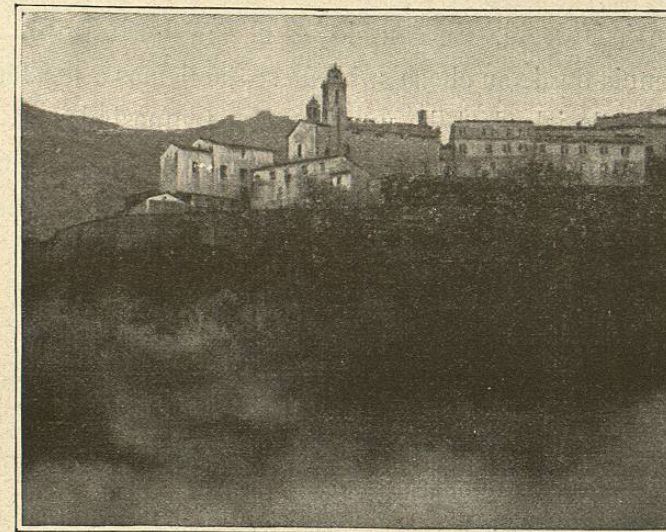
Rogué á mi interlocutor que me dijese si alguno de sus compañeros querría, mediante la debida remuneración, acompañarme hasta la cumbre del monte Giove y la ermita de la Virgen. Creía prudente encomendarme á un guía, para no perderme en el caso probable de que aumentara la niebla.

Mi interlocutor llamó con el ademán á un hombre que dormitaba en el fondo de la taberna, sentado en un banco, ante una mesa desmantelada. Levantóse el hombre y se acercó á nosotros. Era una especie de Hércules con estampa de toro. Su abierta camisa dejaba al descubierto el pecho, velludo y musculoso. Iba descalzo y empuñaba un

(1) La isla de Elba perteneció durante mucho tiempo á España, y por esta razón emigran todavía los isleños á las antiguas colonias españolas de la América del Sur. Allí se redondean la mayor parte de las fortunas de la isla, desde las más cuantiosas á las más modestas.

bastón con honores de maza. No hubiera sido muy agradable topar con él en la espesura del bosque; y, sin embargo, aquel coloso cuya energía física le daba aptitud para cualquier oficio, prefería malgastarla en la ociosa y mísera holganza de aquel rincón del mundo, á emplearla provechosamente en cualquier parte. Al enterarse de lo que se trataba, relucieronle los ojos de júbilo por la fácil ganancia que tan inopinadamente se le presentaba, y en adelante pidió un café, que paladeó con delicia.

Se hizo cargo en seguida de mi saquito de mano y se puso á mis órdenes. Aquel hombre de terrible aspecto era el ogro benéfico de los cuentos de hadas, que sirve para todo, y tiene en cambio el derecho de sentarse en la cocina y rebañar los platos.



Marciana Alta (Marciana de la Montaña).

El camino de la ermita está pavimentado, como una vía romana, con bloques de piedra apenas canteados. De trecho en trecho hay hornacinas de albañilería, con una cruz por remate, para resguardarse de la lluvia, viento y nieve, de la que todavía se ven montones en las hondonadas con mira al Norte. El guía me dice en su jerga: «Dentro de un mes, nos asaremos; ahora, á principios de Abril, tengo frío, á pesar de ir andando.»

Según mis temores, la niebla había invadido desde Marciana Alta la cima de la montaña. Al llegar á la ermita de la Virgen, no se veía nada á diez pasos de distancia, de modo que era imposible decir si nos encontrábamos en la cumbre de una montaña ó en el fondo de un pozo. Sólo se distinguían las paredes de la ermita, algunos castaños deformes y deshojados, con apariencia de espectros, y una casita cuya puerta estaba cerrada, pero en la que vivía alguien, pues apenas el



guía golpeó con su bastón, llegóse á abrir un viejo con cara de macho cabrío. Era el ermitaño (1).

Ciertamente que á este hombre no debían importarle los vecinos, ni tampoco había de ser la murmuración su pecado favorito. Allí vivía con su mujer y una cabra, aislado como un indio en la pampa. Marciana Alta es para este ermitaño el centro de la civilización, y allí se retira durante el invierno. El viaje á Marciana Marina es para él de mucho empeño, y mucho más ha de costarle ir dos veces al año á Porto-Ferrajo. En cambio, es el rey del infinito. Algunas veces presencia desde su choza sublimes cataclismos atmosféricos. Cuando estalla sobre la isla de Elba una de esas tempestades de violencia peculiar á los climas del Mediodía, y más particularmente á los de las islas, no se comprende cómo perdona el rayo la deleznable barraca del ermitaño, que, ensordecido por la tempestad, helado un día, abrasado otro, azotado por la lluvia y envuelto en la densa niebla como en un sudario, permanece indiferente á todas las cosas. El ermitaño sonríe al verme y me invita á inscribir mi nombre en el registro donde consta el de cuantos visitan aquel lugar, atraídos por el recuerdo de Napoleón. También enseña la capilla, cuyas llaves guarda, y un retrato del Emperador, obra de Epinal. Aquél es su modo de vivir y la única esperanza de allegar fortuna; pero dado el número de visitantes, no es muy probable que llegue á rico.

Aquella casita albergó á Napoleón, y en una de sus cuatro estancias recibió la visita de la condesa Walewska el 2 ó el 3 de Septiembre de 1814. Un Cristo de madera, colgado de la pared desde hace un siglo, fué testigo de la entrevista, y la rudimentaria cama del ermitaño, formada por dos aspas de hierro que sostienen una plancha del mismo metal, con un jergón de helechos, liso como una galleta, no debe diferir mucho de la cama en que durmiera el Emperador.

Todo habla allí al espíritu, desde las húmedas paredes de la ermita hasta las gradas del altar, sobre las que Leticia Ramolino se

(1) En diferentes comarcas del Mediodía de Francia abundan estos ermitaños laicos, que, sin carácter religioso, están encargados por los municipios ó por los párrocos de la custodia y conservación de ciertos santuarios á cambio de las limosnas que les dejan visitantes y peregrinos. Unos regresan por la noche al pueblo y otros viven constantemente en la ermita. En Montserrat encontraremos otro ermitaño de esta especie.

arrodillara para prometer á la Virgen un cirio si libraba á su hijo de todo mal. Frente á la entrada de la capilla, en un hemicíclo de piedra, roído por los líquenes y rodeado de bancos, brotan cuatro fuentes cuyo gorgoteo colma los esculpidos tazones. La fachada está adornada con frescos, y una lápida de mármol, colocada en 1863, recuerda que el Emperador permaneció en aquel paraje desde el 23 de Agosto al 14 de Septiembre de 1814. Esta última fecha es errónea, porque el Emperador salió de la ermita el 4 ó 5 de Septiembre.

La niebla es cada vez más densa, y abandono la esperanza de contemplar el admirable panorama que en días despejados se extiende en torno de esta vertiginosa montaña, cuyos picos, de 800 metros, se yerguen sobre las nubes. Pienso entonces en la conveniencia de volver atrás, pues se hace tarde y he de pernoctar en Marciana Marina. La bajada será penosa y larga.

El ermitaño se esfuerza en decirme que es preciso esperar un poco y mueve los brazos en ademán de molinete para indicarme que pronto se disipará la niebla y podré ver la Córcega. Me asaltan dudas sobre la posibilidad de que se desvanezca la niebla, cada vez más densa; pero reflexiono que en la montaña cabe todo lo imprevisto, y entro en la casita para esperar y calentarme. El guía, no obstante ir descalzo y á pecho abierto, prefiere apagar la sed en un botijo de agua que ha visto sobre la mesa.

Mientras se enjuga mi húmeda ropa, va el ermitaño á observar la niebla, que pasa por la montaña como ventoleras de humo, unas veces tenue y otras más denso. Pero de repente se estremecen los matorrales, se levanta viento, los castaños muestran netamente el delicado encaje de sus ramas y aparecen en el cielo motas azules. «Venid, señor, venid;» grita el ermitaño, y me conduce á una roca medio ataludada que da la impresión del vacío, en donde solía sentarse el Emperador.

Apenas llegamos, se desvaneció la niebla, como si la hubiese tocado con su varita algún invisible hechicero. Las nubes huyen á lo largo de la montaña; los restos de amarillenta niebla, aferrados como aves de rapiña á las asperezas de las rocas, se iluminan con radiante luz; la inmensidad se inunda de esplendor, y ante mí, á cincuenta y nueve kilómetros de distancia, de entre el dorado polvillo de Occiden-



te, se destaca el aserrado perfil de las montañas corsas, del Monte de Oro y de toda la nevada cordillera que atraviesa la isla de parte á parte. ¡Espectáculo sublime é inolvidable!

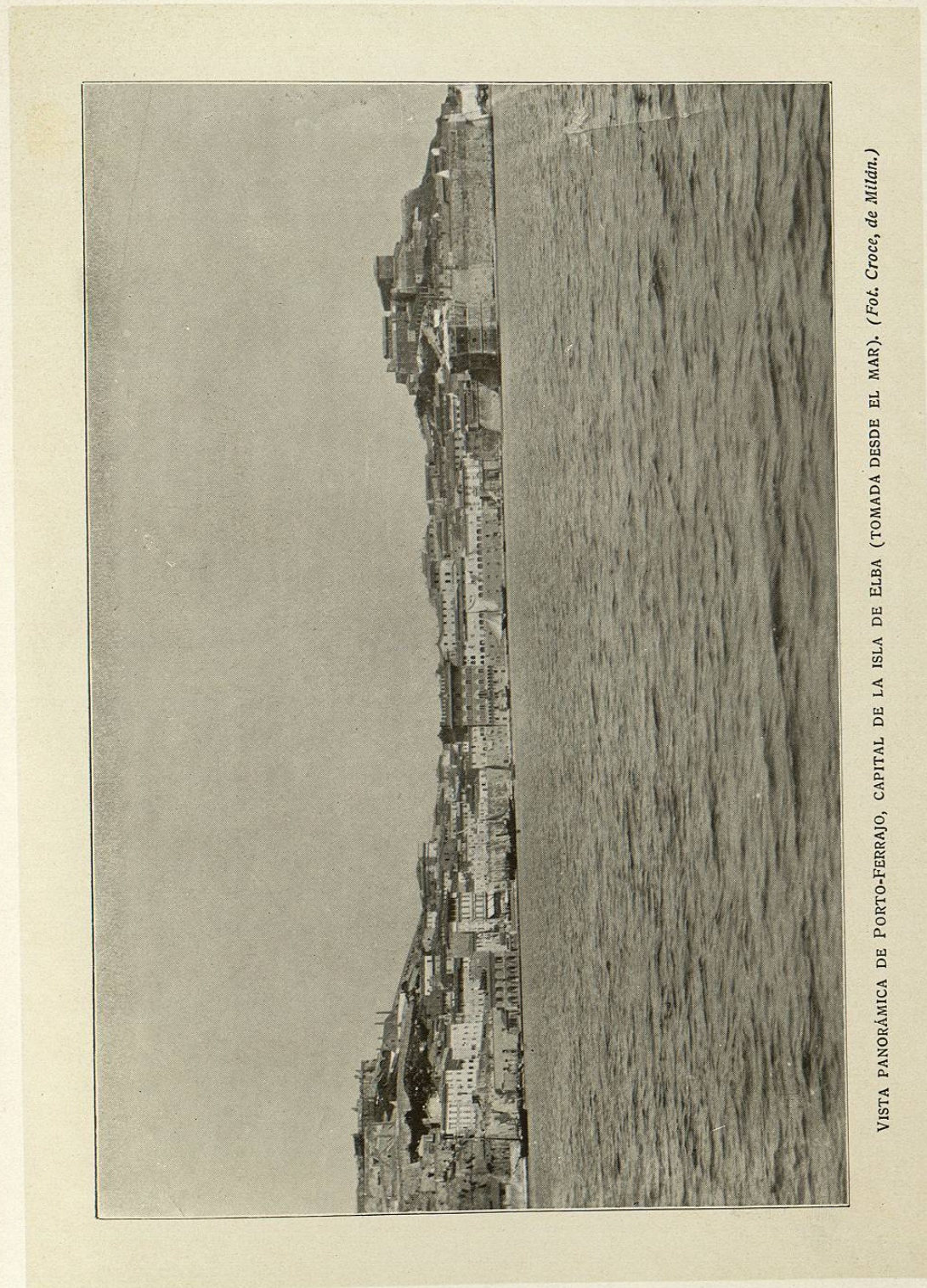
El ermitaño celebra su triunfo á carcajadas. Sus ojos centellean á los reflejos del sol, ya próximo al ocaso. En el momento en que su disco aparece mordido por el horizonte, el perfil toma aspectos nítidos de corte metálico. Se oculta el ígneo astro, y, en la crepuscular transparencia de la atmósfera, resaltan todos los objetos. «¡Bastia!» grita el ermitaño, agarrándome del brazo. Entonces descubro manchitas blancas, cuadradas y apretadas unas contra otras. Son las casas de Bastia. Con un catalejo se distinguirían las ventanas.

Aquella situación visual duró cinco minutos. Por encima de Córcega se encienden en el cielo luces violetas, semejantes á una eflorescencia de lilas en los jardines del Edén. Su maravilloso espejismo se refleja en la superficie del mar, lisa y reluciente como hoja de espada.

Pero vuelven á apretarse las veleidosas nubes, que se habian entreabierto por un instante. La niebla se cierra y encubre como cortina corrida la radiante inmensidad del cielo y de las aguas. Me parece estar nuevamente en pleno invierno, casi en la obscuridad, con el viento que silba á través del esqueleto de grandes castaños, mientras que el viejo se encasqueta hasta las orejas su gorro de pieles. Conviene apresurar la bajada si quiero dormir aquella noche en Marciana Marina.

Vuelvo á ver Marciana Alta con sus angostas callejuelas, en donde las negras paredes de las casas empiezan á mostrar alumbradas aberturas. Se desgarrá bruscamente la niebla y distingo la aldea de Poggio, perdida entre nubes. A mitad de camino me sorprende la noche, pero la niebla sigue estacionada en la parte superior de la montaña. Al salir de la niebla se me aparece la noche luminosa como una noche oriental, y á su dulce claridad acabo de bajar las últimas pendientes de la montaña y llego á la posada, en donde el señor Braschi estaba algo inquieto por mi suerte. Vuelvo á ver en la encrucijada la Virgen con su rejilla y su lámpara apacible. En el tibio y luminoso ambiente, no queda ni vestigio del huracán del día anterior.

En veinticuatro horas han pasado la naturaleza y el país por



VISTA PANORÁMICA DE PORTO-FERRAJO, CAPITAL DE LA ISLA DE ELBA (TOMADA DESDE EL MAR). (Fot. Croce, de Mídn.)